

La masculinización del sujeto: una reflexión desde el análisis crítico del discurso

Jonathan Ojeda Gutiérrez*

RESUMEN

ESTE ARTÍCULO TIENE COMO OBJETIVO PRESENTAR ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA PERTINENCIA DEL ANÁLISIS CRÍTICO DEL DISCURSO (ACD) PARA EL ESTUDIO DE LAS MASCULINIDADES. SE PARTE DE LA PROPUESTA DE VAN DIJK (1999) Y EL POTENCIAL MULTIDISCIPLINAR DEL ACD PARA AMPLIAR EL ACTO HERMENÉUTICO SOBRE EL TEMA DE LAS MASCULINIDADES. EL DISCURSO INFLUYE EN LA MASCULINIZACIÓN DEL SUJETO A TRAVÉS DE LA CIRCULACIÓN DE METÁFORAS EN LA VIDA COTIDIANIDAD QUE OPERAN A NIVEL SUBJETIVO PARA ESTABLECER ASIMETRÍAS DE GÉNERO. SE ADVIERTE, QUE LA MASCULINIDAD AL SER RESULTADO DE LA HISTORICIDAD DE LA PRÁCTICA HUMANA, NO ES UNA IDENTIDAD ESTÁTICA, POR LO QUE EXISTE UN HORIZONTE DE POSIBILIDADES PARA ROMPER CON LOS DISCURSOS ENAJENANTES DE LAS SUPUESTAS POLÍTICAS DE VERDAD DE GÉNERO. NO SE PRETENDE IDEALIZAR LOS DISCURSOS CONTRA-HEGEMÓNICOS, SINO FORTALECER EL MARCO EPISTÉMICO SOBRE EL TEMA DE LAS MASCULINIDADES.

PALABRAS CLAVE: SUJETO - ÉLITES SIMBÓLICAS - METÁFORA - PODER - DISCURSO.

THE MASCULINIZATION OF THE SUBJECT: A REFLECTION FROM THE CRITICAL DISCOURSE ANALYSIS

ABSTRACT

THIS REFLECTION ARTICLE AIMS TO PRESENT SOME CONSIDERATIONS ON THE RELEVANCE OF CRITICAL DISCOURSE ANALYSIS (CDA) FOR THE STUDY OF MASCULINITIES. IT IS BASED ON THE PROPOSAL OF VAN DIJK (1999) AND THE MULTIDISCIPLINARY POTENTIAL OF THE CDA TO EXPAND THE HERMENEUTICAL ACT ON THE SUBJECT OF MASCULINITIES. POINTING OUT THAT THE DISCOURSE INFLUENCES THE MASCULINIZATION OF THE SUBJECT THROUGH THE CIRCULATION OF METAPHORS IN EVERYDAY LIFE AND THAT THEY OPERATE AT THE SUBJECTIVE LEVEL TO ESTABLISH GENDER ASYMMETRIES. IT IS OBSERVED THAT MASCULINITY, AS A RESULT OF THE HISTORICITY OF HUMAN PRACTICE, IS NOT A STATIC IDENTITY, SO THERE IS A HORIZON OF POSSIBILITIES TO BREAK THE ALIENATING DISCOURSES OF THE SUPPOSED GENDER TRUTH POLITICS. THE CONTRIBUTION ENDS BY WARNING THAT IT DOES NOT SEEK TO IDEALIZE COUNTERHEGEMONIC DISCOURSES, BUT TO STRENGTHEN THE EPISTEMIC FRAMEWORK ON THE SUBJECT OF MASCULINITIES.

KEYWORDS: SUBJECT - SYMBOLIC ELITES - METAPHOR - POWER - DISCOURSE.

Introducción

Las identidades masculinas se construyen a través del discurso que opera en la cotidianeidad de manera metafórica para mantener el abuso de poder y de dominación por razones de género. En este sentido, la propuesta de van Dijk sobre el ACD, se centra en los problemas sociales, especialmente en “saber cómo el discurso contribuye a la reproducción de la desigualdad y la injusticia social determinando quiénes tienen acceso a estructuras discursivas y de comunicación aceptables y legitimadas por la sociedad” (1994: 7). Su propuesta crítica (1994; 2009) sobre el abuso de poder entre grupos sociales a través del lenguaje, el discurso y la comunicación, tiene una característica especial, la ubica en “una perspectiva de disenso, de contra-poder, es una ideología de resistencia y al mismo tiempo de solidaridad” (Ibíd.). Esto nos permite concatenar y esbozar el abuso de poder que proviene del pensamiento heterosexual como discurso dominante para el orden social y cómo es que impera en las relaciones de género.

Recurrimos al valor epistemológico feminista y al enfoque de género que han habilitado conceptualizaciones para el estudio de las masculinidades, considerando que sus planteamientos buscan construir un ámbito social más justo, igualitario y equitativo. El feminismo es un análisis crítico, una corriente filosófica ética, política, académica, social, individual y sostiene que las identidades femeninas y masculinas no se fijan de manera biológica, sino que se construyen socialmente de manera relacional (Alberti, 2015). En este orden de ideas, la masculinidad como objeto de estudio desde una mirada y metodología feminista ha puesto en evidencia la necesidad de trabajar con varones para conocer a mayor profundidad cómo se construye la identidad masculina.

La pertinencia del texto es promover la intersección de los estudios sobre masculinidades y el ACD, para profundizar sobre cómo la masculinización del sujeto se da de manera discursiva. El trabajo está articulado en seis partes: la primera versa sobre la pertinencia y el potencial multidisciplinar¹ del ACD para el estudio de las masculinidades. Tomando en cuenta que el discurso crea una estructura cognitiva a través de significados y símbolos que penetran en el fondo de la inteligencia del sujeto, la perspectiva crítica del ACD ayuda a reflexionar sobre el papel del discurso en las relaciones de poder y su influencia para la dominación del otro.

La segunda parte se centra en la triada masculinidad-poder-discurso y cómo esta contribuye a la construcción de la falacia androcéntrica² (Lerner, 1990). La masculinización del sujeto desde la lógica androcéntrica heterosexual es una restricción binaria que actúa como política de verdad, que a través del discurso produce un sujeto masculino empoderado y un sujeto femenino subordinado. Para Butler (2006), a través del discurso se pueden disciplinar y utilizar los cuerpos para producir individuos.

En la tercera parte se habla sobre la masculinización del sujeto a partir de la circulación de metáforas que crean un ideal masculino, donde la heterosexualidad obligatoria funciona como matriz reguladora de las relaciones de género (Lorey, 2017). Y al convertirse en ley simbólica, crea en el sujeto masculino expectativas de ser, de percepción, de pensamiento, de sentimiento y acción, por lo que está en una constante reafirmación (Núñez, 2004). En la cuarta parte se indica que la circulación de metáforas opera en el espacio de lo cotidiano, donde se definen relaciones de poder y el discurso opera como una tecnología disciplinar que produce sujetos. Debido a que en la cotidianeidad se hace presente el discurso imperante de la heterosexualidad para la designación de las cosas a través de un lenguaje, quien no corresponda con esta política de verdad será vulnerable a prejuicios e ideologías negativas, es decir, será excluido, señalado y corregido (van Dijk, 2009).

* Estudiante doctoral del posgrado en Ciencias Agrarias por la universidad Autónoma Chapingo (UACH). Maestro en Ciencias con especialidad en género-mujer rural por el Colegio de Posgraduados (COLPOS) y licenciado en Ciencias Políticas y Administración Pública por la universidad Autónoma del Estado de México (UAEMEX). Correo electrónico: nunatak_82@hotmail.com.

1 Para van Dijk (1999; 2003), el ACD es de carácter multidisciplinar, debido a que puede combinarse con cualquier enfoque de las ciencias sociales.

2 El androcentrismo regula el orden social y niega toda posibilidad de reconocimiento de la diversidad en el ejercicio de una masculinidad alternativa.

La quinta parte del texto se centra en la subjetividad del sujeto masculino como lugar epistémico para desarrollar otras realidades. Se tematiza sobre la cotidianidad como un espacio de ánimo reivindicativo (Echeverría, 1998). Este plano reivindicativo requiere alejarse de la expropiación subjetiva al hacer estudios sobre masculinidades para no reducir el carácter epistémico de la experiencia y lo vivencial del sujeto (Figuroa, 2017). Poner atención a esto, permite evitar el reduccionismo del sujeto en la vida cotidiana, porque en ella se encuentra la conflictualidad de las vivencias, los códigos, los elementos y los símbolos que intervienen en la constitución de identidades masculinas donde el discurso está presente en todo momento.

En la sexta parte, a guisa de conclusión, se señala que el potencial multidisciplinar del ACD es una herramienta metodológica que logra profundizar en la experiencia del sujeto y el saber popular como fuente epistémica. Como el sujeto es un agente que hace la historia a través de la práctica humana, se abre la posibilidad de actos creativos para nuevos horizontes de pensamiento. Esto significa que al privilegiar la actuación del sujeto en el mundo de la vida, podemos encontrar su potencialidad transformadora de la realidad, pues en sus prácticas cotidianas logra edificar discursos contra-hegemónicos para distanciarse de los efectos perjudiciales y destructivos de las supuestas políticas de verdad de género. De esta manera, el ACD ayuda a comprender los abusos del poder en el lenguaje y las formas en que opera en la cotidianidad. Este texto pone de manifiesto que el ACD ayuda a ampliar el acto hermenéutico en el estudio sobre masculinidades.

El Análisis Crítico del Discurso para el estudio las masculinidades

El discurso crea todo un universo de significados y estructuras cognitivas que penetran en el fondo de la inteligencia del sujeto. Es una dialéctica de acontecimientos, de sentidos, da una posición, refiere al sujeto y le da una base ontológica. El discurso contribuye a la conformación de identidades. Una de ellas es la de la masculinidad, identidad que se construye bajo el discurso imperante de la heterosexualidad. En Wittig (2006), el discurso heterosexual oprime y niega la posibilidad de hablar, solo se permite hacerlo si es en sus propios términos, esta interpretación totalizadora lleva a cuestionar la dimensión simbólica. Repensar el orden social alejado del pensamiento heterosexual implica emprender el camino hacia un acto creativo que permita encontrar otras posibilidades que no basen su ordenamiento en la opresión del otro. El otro, es el diferente, el que no corresponde con los cánones de género que estable la heterosexualidad. La otredad desde el orden social heterosexual es la “forma en que los amos interpretan una situación histórica de dominación. Y la diferencia tiene como función enmascarar los conflictos de intereses a todos los niveles, incluidos los ideológicos” (Ibíd.: 54). Para Lorey (2017), la heterosexualidad produce estructuras binarias de diferenciación por género, las cuales se establecen como un dispositivo de poder y control, produciendo sujetos sexo-generizados a través del discurso.

Podemos entender que las configuraciones de género y la masculinización del sujeto se da a través del discurso público, controlado por las élites simbólicas que crean una serie de dimensiones semióticas de las representaciones sociales. Esto para tener el control de la mente sobre lo que el individuo quiere y hace. Aquí no hace falta la coerción, debido a que las élites simbólicas edifican un sistema dualista a partir de una diferencia sexual, provocando desigualdades sociales. De esta manera, las élites simbólicas se distinguen por ser grupos sociales e instituciones que ejercen el poder sobre otros. Lo hacen de manera simbólica, “a través del establecimiento y mantenimiento de las normas, de los valores, de las metas; a través de la adquisición y el cambio de los saberes y de las actitudes sociales” (van Dijk, 1993:107). Dichas élites ejercen una dominación social, moral y cultural para subordinar al otro, produciendo dominación y exclusión por razones de etnia, clase y género, negando toda posibilidad ontológica a través de conceptos estratégicos para legitimar la violencia real y simbólica en sus relaciones sociales.

Para van Dijk (2009: 187), las élites simbólicas se colocan como líderes ideológicos de la sociedad y “formulan el sentido común como también el consenso, tanto a nivel de individuos como también a nivel de líderes de las instituciones dominantes de la sociedad”. De esta manera, edifican todo un sistema de opresión sexual, basado en la dominación, la discriminación y deshumanización de ciertos cuerpos (Mateo, 2011). Lo anterior, influye en la constitución de identidades masculinas. Es decir, el discurso constituye la sociedad y la cultura, tiene un trabajo ideológico, es histórico y es una forma de acción social que afecta a los individuos (van Dijk, 2009). De esta manera, existe una relación entre discurso y las constituciones de identidades de género.

El discurso proveniente del pensamiento heterosexual crea un capital simbólico que se convierte en un conjunto de reglas que gobiernan el comportamiento e integran a cada sujeto en la cultura, donde la exterioridad de la red simbólica lo determina “lo que es para los demás”. Parafraseando a Lorey (2017), la identidad masculina se constituye en un sistema binario de género que se sostiene en reiteraciones discursivas, asumiéndose como obligatorio. De esta manera,

...el sujeto es obligado a adquirirla como status, atravesando probaciones y enfrentando la muerte. Sobre este sujeto pesa el imperativo de tener que conducirse y reconducirse a ella a lo largo de toda la vida bajo la mirada y evaluación de sus pares, probando y reconfirmando habilidades de resistencia, agresividad, capacidad de dominio y acopio de lo que he llamado “tributo femenino”, para poder exhibir el paquete de potencias - bélica, política, sexual, intelectual, económica y moral - que le permitirá ser reconocido y titulado como sujeto masculino (Segato, 2016: 33-34).

En este orden de ideas, la masculinización del sujeto merece atención desde el ACD para estudiar “la compleja interacción de los grupos dominantes, disidentes y opositores y sus discursos dentro de la sociedad, con el fin de esclarecer las variantes contemporáneas de la desigualdad social” (van Dijk, 2009:171). Para Stecher (2010), el espíritu crítico del ACD posibilita fundar alternativas de conocimiento para la democratización y emancipación de la sociedad. En este sentido, el estudio de las masculinidades desde el ACD con una perspectiva crítica feminista, no busca solo esclarecer la desigualdad de género, sino alternativas para contrarrestarlas, creando relaciones y estilos de vida distintos, con valores y creencias opuestas al discurso hegemónico de la masculinidad. Sus aportes teóricos permiten analizar de manera rigurosa la relación existente entre el poder, el lenguaje y el discurso en la masculinización del sujeto, más allá de los elementos del sistema sexo-género.

Asimismo, en el discurso también pueden identificarse formas de resistencia y lucha que emprende el sujeto para reformular su existencia en el ejercicio de su masculinidad. Develando así otras posibilidades de acción social que el sujeto emprende para liberarse de los grilletes de la hegemonía masculina. En este contexto, el aporte del ACD es identificar discursos alternativos frente a los marcos culturales hegemónicos de la masculinidad. Traer el ACD a estos estudios, no se hace de manera forzada, debido a que

...el ACD puede realizarse en, o combinarse con, cualquier enfoque y subdisciplina de las humanidades y las ciencias sociales. El ACD es más bien una perspectiva, crítica, sobre la realización del saber: es, por así decirlo, un análisis del discurso efectuado «con una actitud». Se centra en los problemas sociales, y en especial en el papel del discurso en la producción y en la reproducción del abuso de poder o de la dominación (van Dijk, 2003: 144).

La propuesta es fundamental, ya que, al ser multidisciplinar, permite indagar y problematizar sobre cómo los discursos juegan un rol central para sostener las relaciones de dominación. El ACD desde el feminismo y las herramientas teórico-metodológicas del enfoque de género ayudan a comprender cómo las élites simbólicas penalizan comportamientos masculinos que están fuera de los marcos heteronormativos, por ejemplo, la homosexualidad, promoviendo

discursos homofóbicos que castigan al sujeto que no vive bajo el orden patriarcal heterosexual. El discurso se constituye, así como recurso para violentar al otro, y al ser intencional polemiza, insulta o satiriza al sujeto que se encuentra en el límite de los marcos heteronormativos.

Para Castelo (2014) la polémica, la invectiva y la sátira son subgéneros del discurso violento. El primero es dialógico, se confrontan dos tesis en una guerra verbal para agredir a un adversario descalificándolo, se modula entre lo pasional y lo verbal. El segundo, el invectivo es un ataque discursivo directo para descalificar al receptor, con el objetivo de denostar y aniquilar discursivamente al destinatario, sin una argumentación previa, ya que no interesa el debate de ideas. Por último está la sátira, el uso del humor con fines persuasivos para poner en ridículo al individuo exhibiendo sus imperfecciones. El emisor se entiende como portador de la verdad y guarda un desprecio por el discurso ajeno.

Desde esta perspectiva, la identidad masculina se constituye en medio de tensiones discursivas, donde el sujeto en la búsqueda por afirmarse una identidad, lo hace bajo la presión de identificación sexual bipartita para su ascenso a la humanidad. Para Echeverría (2016), ese ascenso a la humanidad es una condena impuesta al sujeto, que lo condiciona a una identidad sexual bipartita como única forma social. Lo que construye todo un discurso sobre los principios de división y visión, lo masculino como activo y sujeto de posesión, lo femenino como pasivo y objeto de deseo. De este modo se edifican estructuras y prácticas sociales que promueven un ordenamiento, donde al varón se lo relaciona automáticamente con actividades productivas y de poder de manera natural, pero que excluye otras formas de deseo, como la dimensión emocional. Esto significa que el sujeto es sujeto del deseo cuando, al entrar el lenguaje, puede identificar su imagen como el “Yo” diferenciado del “otro” y formado a través del “otro”. La pertinencia del ACD como herramienta para el estudio de las masculinidades es para identificar cómo funciona el discurso en la reproducción del poder y en la constitución de identidades masculinas como un problema social y político.

Masculinidad: discurso y poder

¿En qué momento la masculinidad se convirtió en el eje regulador de la sociedad contemporánea? ¿Cuál es su relación con el discurso y el poder? Existe una historicidad de las relaciones de género que puede contribuir a dar respuesta a estas preguntas, argumentando que son producidas por la práctica humana. Lerner (1990) explica que esto tiene su origen en la conformación del patriarcado³, que intentó borrar todo indicio de una memoria colectiva de las mujeres, negándoles su historia. La hegemonía masculina como poder social edificó una falacia androcéntrica con base en metáforas de género que “han representado al varón como la norma y a la mujer como la desviación; el varón como un ser completo y con poderes, la mujer como ser inacabado, mutilado y sin autonomía” (Lerner, 1990: 316). Es decir, el pensamiento heterosexual tiene efectos excluyentes que obliga al sujeto a cumplir con una idea hegemónica masculina. Esta obligatoriedad se entiende como régimen de poder y discurso que impera en la construcción de identidades de género, negando toda posibilidad de libertad de identificación sexual, donde la forma institucional de la falacia androcéntrica excluye otras opciones.

Para Butler (2006), esta restricción binaria como política de verdad actúa como un discurso que «produce» un sujeto, que no solo lo disciplina, sino que utiliza su cuerpo para producir un individuo. Es decir,

...el sujeto masculino es una construcción ficticia elaborada por la ley que prohíbe el incesto y dictamina un desplazamiento infinito de un deseo heterosexualizador. La postura lingüística

masculina soporta la individualización y la heterosexualización exigidas por las prohibiciones fundadoras de la ley simbólica, construcciones mentales que determina cómo debería ser el orden de las cosas (Butler, 2007: 89).

De esta manera, la masculinidad se vuelve una actuación reiterada y obligatoria en función de unas normas sociales. Esto indica que el sujeto no es dueño de su género es obligado a actuar de acuerdo con la normativa genérica que se promueve como verdadera, la cual legitima, sanciona y excluye (Butler, 2002).

En este sentido, las normas regularizadoras constituyen lo material del cuerpo desde el imperativo heterosexual que se impone al sujeto como efecto del poder. A esto Connell (1997) lo denomina masculinidad hegemónica como poder social, que es una posición privilegiada dentro de las relaciones de género, conformada por una serie de prácticas legitimadas por el patriarcado que garantizan la posición dominante de los varones y la subordinación de las mujeres. Sin embargo, en estas relaciones de poder, también existe entre los hombres relaciones de dominación y subordinación, por eso nos advierte que siempre se está en disputa, porque existen tensiones y distintas formas en que se experimenta la masculinidad.

Si bien la identidad masculina no es estática, debido a su historicidad, sí representa un poder alcanzado dentro de un equilibrio de fuerzas como un estado de situación. Las reflexiones sobre masculinidades no buscan identificar qué tan poderosos son los hombres, sino lo que sustenta su poder, lo consiente y lo reproduce (De Martino, 2013). La masculinidad como poder social y estrategia de dominación pone sus límites y deja ver que lo que no corresponda con el ideal de como “debe ser un hombre” puede ser subordinado e incluso castigado. Por ejemplo, la orientación sexual (homosexualidad), la etnia y la clase, elementos de intersección que pueden colocar a los varones en la escala más baja de la jerarquía de género (Connell, 1997). La masculinidad hegemónica como ideología es un panóptico que impone conductas y regula las funciones sociales del individuo, en beneficio de los grupos dominantes (clases y organizaciones) que son dueños del discurso público.

Para van Dijk (2000), el discurso como ideología se instaura en el inconsciente del individuo a manera de una falsa conciencia que ayuda a reproducir y ejercer el poder de la clase dominante. Es decir, el pensamiento heterosexual como ideología se comunica a través del discurso, donde su función social es enunciar, dar órdenes y plantear preguntas que influyen en la conducta individual y colectiva del sujeto. De tal modo que la humanidad no se puede concebir sin una comunicación, porque “los grupos y las organizaciones se constituyen y se reproducen, sus identidades se formulan o se cuestionan, se defienden sus intereses y, de nuevo, tales prácticas sociales son, en su mayor parte, discursivas” (van Dijk, 1997: 73). Para Lorey (2017), el sujeto se constituye en prácticas lingüísticas, debido a que el lenguaje produce lo que nombra. Es decir, produce sujetos porque al ser hablado por otro, entra en juego la exterioridad de lo simbólico que determina la identidad (lo que es para los demás).

La existencia de un discurso hegemónico de la masculinidad obliga a reflexionar las relaciones de poder en las prácticas lingüísticas, ya que esto va más allá de un acto comunicativo entre el emisor y el receptor, porque el simple hecho de comunicar implica una complejidad en sí misma. En este sentido, el discurso al ser producido por las prácticas humanas, configura estructuras ideológico-sociales que ayuda a tener una concepción del mundo, crean estrategias para adueñarse del poder, ejercerlo y organizar mecanismos de control (Foucault, 1992). En relación con las masculinidades, se construyen significaciones sobre lo que nos han dicho que somos, en relación con el otro que nos permite ser. En otras palabras, los recursos discursivos intervienen en la constitución identitaria de la masculinidad.

Es claro que el discurso transporta y produce poder, da diferentes posiciones al sujeto y lo condiciona. Una lectura de la masculinidad desde esta mirada nos advierte que no es uniforme ni estable, sino múltiple y puede actuar con estrategias diferentes (Foucault, 1998). Lo anterior da cuenta de las diversas hegemonías masculinas que operan en distintos contextos. El discurso

³ Para Engels (2017), en las civilizaciones antiguas prevalecía el derecho materno, sin embargo, el origen de la propiedad privada fue la gran derrota histórica del sexo femenino en todo el mundo, lo que establecería nuevos convenios morales.

como herramienta de poder, al instaurarse en las relaciones intergrupales logra penetrar en la subjetividad del sujeto para reproducir la desigualdad y la injusticia social (van Dijk, 1997). En otras palabras, la masculinización del sujeto se da dentro de una matriz normativa de género. El sujeto a través de esta matriz es socialmente regulado, producido y enajenado a través de actos de comunicación que transmiten información por medio del lenguaje o de signos, que funciona como una forma de actuar en el mundo. En este sentido, existe una correspondencia entre el discurso, el poder y la masculinización del sujeto, que dependen de otros vectores como la etnia, la edad, la clase, el contexto y el tiempo.

Por lo tanto, existen componentes discursivos en la construcción de identidades de género que otorgan al sujeto criterios de pertenencia, dándole acceso a ciertos grupos, códigos de valores y una posición social. Para De Martino (2013), se trata de estrategias de masculinización que se encuentran enraizadas en las vivencias individuales y colectivas del sujeto, que pueden ser compartidas, creando una representación mental de la masculinidad. Podemos argumentar que la masculinidad como práctica discursiva afecta al sujeto y su relación con el otro, porque

...pueden estar realizando inconscientemente actitudes de base ideológica de superioridad o prioridad masculina. Es decir, el poder y el control grupal sobre el discurso están controlados por las ideologías. Debido a que estas influyen no sólo sobre el discurso, sino también sobre las prácticas sociales en general (van Dijk, 2000:61).

Los recursos discursivos al intervenir en la constitución de identidades de género se apoyan también en la metáfora para nombrar la realidad. La metáfora forma parte de nuestro sistema conceptual del pensamiento cotidiano que llega a colocarse como política de verdad sobre cómo deben funcionar las cosas en el mundo de la vida. De esta manera, la metáfora tiene presencia en el lenguaje, que interviene en la masculinización del sujeto, ya que su función discursiva puede convertirse en una estrategia para reproducir y legitimar la dominación masculina.

La masculinización del sujeto: una construcción metafórica

La masculinización del sujeto a través de la circulación de metáforas es una forma para comprender el mundo. Lerner (1990) expresa que las metáforas sobre la masculinidad desde la heterosexualidad funcionan como instrumento de dominación y jerarquía. Crean un sistema de símbolos que influye en la construcción del género, se instaura como una política de verdad para designar el “deber ser” del sujeto en la realidad social. Lo anterior justifica la subordinación del otro, el dominio del amo sobre el esclavo, como algo aparentemente «natural», donde no se plantean controversias, ya que es algo aceptable (Lerner, 1990). Este movimiento de metáforas produce ilusiones para que el sujeto se olvide de sí mismo y no establezca una relación ética con el otro. La metáfora de género desde una mirada binaria divide las cosas y las actividades, entre lo femenino y lo masculino, lo que se refleja también en la asignación de los cuerpos. Esto conforma un ideal masculino que se convierte en Ley y obligación para el sujeto, que al ser interiorizado crea expectativas de ser, de percepción, de pensamiento, de sentimiento y acción (Núñez, 2004). Recurriendo al pensamiento de Žižek (2003), podríamos decir que la masculinidad producida dentro de una matriz binaria de género funciona como ideología que reclama la verdad y vive como tal. Se vuelve una falsa representación de la realidad que despersonaliza al sujeto, ya que en su acto no es libre, es dominado por la fuerza externa de las élites simbólicas que construyen pretensiones de validez del “deber ser” como hombre.

En este sentido, la masculinización del sujeto a través de las metáforas utiliza el discurso para establecer relaciones sociales, donde el varón puede dar muestra de abuso de poder, dando pie al dominio y la desigualdad. El sujeto masculino, al construir su identidad bajo un discurso dominante, donde él es el mayor beneficiario para ejercer el poder, lo hace de manera directa e indirecta por medio de representaciones que son naturalizadas (roles de género) por el discurso

público. Al ser legitimados, son útiles para ejercer una violencia real y simbólica. En Bourdieu (2000), la dominación masculina es el mejor ejemplo para ejecutar la violencia simbólica, porque a pesar de ser real (física), puede llegar a ser invisible hasta para sus propias víctimas, expresadas en principios simbólicos que han sido naturalizados para el orden social.

Para Bourdieu y Passeron (1996), la violencia simbólica impone significaciones, regula la realidad social, se convierte en un instrumento de acción pedagógica que impone significaciones y las coloca como legítimas, por medio de un arbitrario cultural que permite mantener la dominación por género. En este orden de ideas, la violencia simbólica circula a través de metáforas que son parte del territorio de la significación humana, opera en la vida cotidiana a través de modelos mentales, esquemas de representaciones que pueden inferir o confirmar creencias sociales. Asimismo, las metáforas operan como plano conceptual para las significaciones de género, las cuales dependerán del contexto, la clase y la etnia. Esta circulación de símbolos edifica códigos culturales que intervienen en la socialización e identidad del sujeto, ejerce una influencia directa y legítima expresiones, acciones e ideologías para construir los ideales masculinos.

La masculinidad como construcción social, es el resultado de la práctica humana, donde los sujetos son los protagonistas de este proceso de la historicidad del género. Por lo tanto, no es una identidad permanente, se adecua a los tiempos y espacios, donde el sujeto experimenta su vida social. Por esa razón, el sujeto para acceder al poder y ejercerlo, construye juegos simbólicos dando cuenta de las diversas “hegemonías” varoniles existentes (De Martino, 2013). En este sentido, las metáforas tienen un potencial ideológico en la constitución de las identidades de género. La circulación de metáforas de género⁴ tiene un efecto pernicioso, por el cual la supuesta universalidad al moverse en un continuo, inicia un proceso de transculturación.

En este proceso de transculturación se constituyen metáforas culturales de género locales, las cuales reflejan valores propios de una sociedad determinada en la descripción metafórica de los hombres y de las mujeres (Velasco, 2003). Estas metáforas culturales de género actúan en el uso cotidiano del lenguaje, que parten de un marco psico-cognitivo que nos ayuda estructurar lo que percibimos, sobre cómo nos vemos y nos ven en el mundo. Dicho de otro modo, las metáforas de género funcionan como una representación para conceptualizar nuestros sentidos y nuestras tradiciones, que, al emplearlas como discurso, condicionan la identidad y el cuerpo del sujeto.

Ahora bien, la metáfora de la masculinidad como práctica discursiva forma parte de un mecanismo de poder y control, que actúa en los eventos comunicativos cotidianos (escuelas, familia, instituciones), estableciendo una serie de jerarquías que permiten la dominación y la subordinación por género. La masculinidad como metáfora desde un pensamiento heterocentrado, interviene en la configuración del pensamiento humano edificando un ideal masculino que se asume como una identidad fija, canónica y obligatoria. Lo anterior, impera en el imaginario colectivo, creando valores de conducta y conceptos normativos que actúan como verdad ilusoria y que incide en la subjetividad del sujeto. Podemos argumentar que el carácter simbólico de la metáfora tiene una función en la reproducción de la desigualdad social por género. Parafraseando a Wittig (2006), la metáfora masculina heterocentrada tiene un carácter opresivo, revistiéndose de mito y poetizando su carácter obligatorio. Es ahí, donde el sujeto masculino busca afirmar su identidad, pero que a su vez hace que se olvide de sí mismo como sujeto, porque lo despersonaliza.

La masculinidad como metáfora edifica hegemonías masculinas que se establecen probablemente “si hay alguna correspondencia entre el ideal cultural y el poder institucional, colectivo si no individual. Así, los niveles más altos del mundo empresarial, militar y gubernamental

4 Presenta al hombre como persona poderosa y a la mujer como persona inferior, produciendo discriminación por razones de sexo. Las “metáforas universales de género”, marcan el espacio sociocultural, político y económico que está vetado al hombre o a la mujer por razón de sexo (Velasco, 2003).

entregan un despliegue corporativo bastante convincente de masculinidad” (Connell, 1997: 40). De esta forma, el discurso público en propiedad de las elites simbólicas despliega todo un capital simbólico que funciona como instrumento de control que tiene distintos efectos en la constitución de subjetividades y modelos para interpretar la realidad.

Para Foucault (1992) y van Dijk (2009) el discurso prohíbe y excluye en medida del soporte institucional, que valoriza y atribuye significados que juegan como principios de clasificación, ordenación y distribución. Quienes viven fuera de los marcos normativos son excluidos. La exclusión del otro, se hace por medio de discursos discriminatorios y de prejuicios, no solo por razones de género, sino de etnia, edad y preferencias sexuales que se fundamentan y exhiben en prácticas verbales. Se entiende entonces que el discurso actúa como una estrategia de poder, porque puede controlar y subordinar al sujeto, usando instrumentos verbales en las interacciones interpersonales. En este orden de ideas, el discurso que busca reducir la existencia del otro se considera violencia estructural y simbólica, inserta en el funcionamiento de la vida cotidiana.

De acuerdo con lo anterior, el carácter estructural de la violencia de género tiene una relación directa con el discurso, que actúa en la cotidianeidad de la vida social y en la construcción de identidades. Para Seffner (2006), la violencia de género es de carácter estructural, central en el orden social, sanciona al sujeto que no cumple con los cánones heteronormativos, es institucionalizada y la sociedad la adopta para el funcionamiento de la vida cotidiana. De esta manera, el poder que representan las hegemonías masculinas se construye a través de estrategias discursivas, se convierten en algo aspiracional para el sujeto, pero a la vez representa una violencia ontológica, porque al buscar afirmarse una identidad lo hace paradójicamente en la anulación de sí mismo (Echeverría, 2016).

Es decir, la masculinidad hegemónica tiene sentido bajo el supuesto de que significa algo para la gente por medio de causas ideológicas, que es el deseo de ejercer el control y poder sobre otros. Sin embargo, para Schongut (2012), la masculinidad hegemónica no tiene sentido por sí sola, pues no solo se constituye con relación a la subordinación femenina, sino en oposición a otras masculinidades (subordinadas y marginadas). Como advertimos hace un momento la metáfora de la masculinidad tiene sus manifestaciones discursivas en el orden de lo cotidiano, que es el acto de vida en donde surge la necesidad de significar. Para Zemelman (2012), lo cotidiano forma parte de lo político, la búsqueda de nuevos consensos para abrir horizontes de despliegue con la posibilidad de trascender lo dado. De esta forma, lo cotidiano es lo inestable, donde se vislumbra la utopía y la reivindicación del sujeto para pensarse fuera de lo dado.

Cotidianidad y experiencia

El recorrido que hemos realizado hasta este momento es para señalar que la metáfora masculina opera en la cotidianeidad como instrumento que contribuye a la reproducción del poder y permite controlar los actos de los demás. Por tal motivo, la importancia de enfatizar en la cotidianeidad y experiencia del sujeto para referirnos a lo que nos acontece, porque estamos en el mundo, vivimos en compañía de otros, rodeados de cosas, personas y circunstancias. De esta manera, la metáfora masculina como expresión lingüística opera en el sistema conceptual de la persona, impregna la vida cotidiana, el pensamiento y la acción. En este sentido, Echeverría (1998: 49) señala que, “tematizar expresamente la vida “de todos los días” requiere de un modo u otro la presencia de un ánimo reivindicativo o al menos de una preocupación por corregir un viejo descuido del discurso reflexivo -histórico, sociológico- sobre la vida social”. Es en este espacio donde las elites simbólicas ponen en circulación el discurso público de la masculinidad e imponen exigencias sobre cómo debe ser la organización social por género.

Lo anterior, se convierte en una tecnología disciplinar y de vigilancia que al incrustarse en las prácticas cotidianas produce sujetos. Debido a que el discurso “se caracteriza por cumplir un rol distintivo y más importante en la constitución y reproducción de las relaciones de poder y de las identidades sociales que entraña” (Fairclough, 2008: 178). En términos foucaultianos,

la masculinidad desde la lógica heterosexual es un abstracto que crea en el sujeto un estado consciente y permanente que garantiza el funcionamiento automático del poder. Es el panóptico que hace del poder “una máquina de hacer experiencias, de modificar el comportamiento, de encauzar o reducir la conducta de los individuos” (Foucault, 2003:208). Define las relaciones del poder en la vida cotidiana de los individuos y reforma la moral, que por medio del discurso pone como base la desigualdad social porque se expresan acciones y arreglos de exclusión por género.

Siguiendo a van Dijk (2009), en la cotidianeidad se manifiestan representaciones mentales compartidas sobre estereotipos, prejuicios e ideologías negativas de los otros. Por lo tanto, aquel sujeto masculino o femenino que no corresponda con el rol “natural” de su género y transgrede la hegemonía, será excluido, señalado y corregido. De este modo, las reflexiones sobre la masculinización del sujeto desde el ACD en el orden de lo cotidiano, permiten identificar cómo se da la circulación de metáforas para establecer pretensiones de validez sobre lo que es un verdadero hombre.

¿Por qué hacer énfasis en el estudio de la masculinidad desde el ACD? Porque su potencial multidisciplinar puede contribuir a identificar la oposición por parte de grupos minoritarios o fracciones disidentes del orden heteronormativo que rechazan o desean reorientar el ejercicio de la masculinidad en un plano ético. Los detalles de la teoría multidisciplinar del ACD aplicados en el estudio de las masculinidades, permiten profundizar en la reflexión sobre el poder y cómo es su dominio en el contexto social en general. Continuando con van Dijk (1999), un análisis crítico del discurso se debe relacionar con la cognición social.

En este orden de ideas, las reflexiones sobre la masculinización del sujeto deben considerar la dimensión discursiva en la cotidianeidad para examinar detenidamente cómo funcionan las metáforas de género en la constitución de creencias machistas y misóginas que reproducen los miembros de la sociedad y ocasionan efectos negativos en los individuos. Sin embargo, este análisis debe ser cuidadoso, porque las prácticas machistas son sutiles y complicadas de identificar, es decir, edifican estrategias creativas de poder y control. En la vida cotidiana encontramos la conflictualidad de las vivencias, los códigos, los elementos y los símbolos que intervienen en la constitución de identidades masculinas.

Los estudios sobre masculinidad bajo la influencia del pensamiento feminista y el enfoque de género han explorado eficazmente qué es “ser un hombre” en el mundo de la vida, sus significados y las pedagogías que utilizan los sujetos para transmitir y construir su identidad de género. Los avances son significativos, los resultados han permitido identificar elementos que permiten explicar las formas en que socializa y construye su masculinidad el sujeto en su contexto y con los individuos de su comunidad. Dichos avances, están relacionados con una matriz interseccional que considera el género, la etnia, la clase, la edad, orientación sexual, entre otros, como elementos constitutivos de la identidad de género. Sin embargo, Figueroa (2017) advierte que, al hacer investigación y extraer el testimonio del sujeto en su cotidianeidad, solo se empodera al investigador y se cae en la expropiación subjetiva.

La expropiación subjetiva se podría explicar como el desperdicio de la experiencia de los sujetos investigados para enriquecer la interpretación académica. Dicha expropiación “se genera por el mismo sistema hegemónico de evaluación académica, más centrado en la contabilización de publicaciones (...) que en el monitoreo del acompañamiento de la ciudadanía a través de la devolución de la información” (Figueroa, 2017:14). Para el autor, no socializar los saberes acumulados, forma parte de las omisiones académicas, lo que fomenta la expropiación subjetiva del sujeto. El sujeto al enfrentarse con su cotidianeidad puede experimentar diversas sensaciones al nombrarse a sí mismo, lo cual representa un sentimiento de liberación al visibilizar algo que pudo estar oculto.

Sin embargo, la falta de ética se vuelve “una intromisión en su cotidianeidad y una potencial expropiación de su subjetividad” (Ibid.: 15). Esto puede llegar a anular el derecho del individuo a decidir qué tanto quiere saber de sí mismo, pero a la par la posibilidad de anticiparlo antes del intercambio. Por lo mismo, el enfrentarse con su cotidianeidad de una forma que no le es

la habitual podría generarle sensaciones de angustia, de incomodidad, de enojo o hasta de vergüenza, y, en contraparte, podría generar algún sentimiento positivo, como gratificación por nombrarse, liberación por visibilizar relajadamente algo que pudo haber ocultado.

Podemos empatar la idea de expropiación subjetiva con Sousa (2009:12), quien señala que “no habrá justicia social, sin justicia cognitiva”. Este rezago se debe al desperdicio de experiencias promovido por la razón indolente y la monopolización del saber por parte de las ciencias sociales, que minimiza la acción social del sujeto y sus posibilidades de emancipación. La monopolización del saber y de la subjetividad del sujeto se objetiviza y se reduce simplemente a una somera explicación de la realidad, porque no permite dialogar con otras formas de conocimiento y presenta solo una imagen distorsionada de la realidad. La racionalidad moderna excluye la experiencia y la cotidianidad de sujeto, es decir, se aparta del sentido común debido a que no tiene valor epistemológico.

El sentido común tiene una causa e intención, es una forma de ver el mundo “basada en la acción y en el principio de la creatividad y de la responsabilidad individual” (Ibíd., 2009: 55). Está plagado de experiencias de la vida del sujeto y de los grupos sociales, es indisciplinario y ametódico, se reproduce de manera espontánea en el acontecer cotidiano. El sentido común es retórico y metafórico; enseña y persuade (Ibíd.). Reducirlo como espacio idóneo para recolectar información es negar el valor epistémico de las experiencias del sujeto en la búsqueda para desarrollar otras realidades.

Cotidianidad y discurso: un lugar para desarrollar otras realidades

¿Por qué hacer una reflexión de la masculinidad desde la cotidianidad y el discurso? Porque la subjetividad del sujeto tiene un valor epistémico y circula por medio del discurso. Un recurso para complejizar esta reflexión es el ACD, porque permite identificar desde otra mirada, las resistencias y las luchas del sujeto por construir formas alternativas de ejercer su masculinidad de una manera ética. Tenemos entendido que las élites simbólicas, a través de las instituciones, ponen a circular metáforas discursivas que trabajan en el orden de lo cotidiano y estas ejercen una influencia directa en el sujeto y construyen modelos mentales. Encontramos entonces que las variantes contemporáneas de la desigualdad social por género están relacionadas con el orden de lo cotidiano. En un sentido gramsciano, el sujeto en su cotidianidad expresa sus concepciones del mundo y de la vida, que no precisamente pueden corresponder con las concepciones del mundo oficiales. Es decir, aquí se pueden hallar las formas en que el sujeto se resiste y lucha contra las formas de poder que lo oprimen y subordinan.

Para Ruiz (2015), avanzar hacia acciones transformadoras que posibiliten masculinidades alternativas es comenzar desde la vida cotidiana, es decir, desde las bases. Según este autor, para que suceda este proceso de transición es necesario actuar en el día a día y reconocer la vulnerabilidad que tiene el sujeto y el costo social de la masculinidad desde un plano hegemónico que lo hace preso y cómplice. El costo social son las prohibiciones: por ejemplo, no ser emocional, no tener relaciones homoafectivas que pongan en crisis su masculinidad, la presión por iniciar prácticas de demostración (beber alcohol, mostrar fuerza a través de las riñas). La propuesta es deconstruir y promover otras posibilidades de ejercer una masculinidad alejada de la violencia patriarcal.

Distanciarse del universalismo epistémico para explicar la realidad exige establecer puentes de relación teóricos para identificar el valor de la subjetividad del sujeto y de discursos alternativos que puedan hacer frente a los marcos culturales hegemónicos de la masculinidad. Por eso, la pertinencia del potencial de ACD en los estudios sobre masculinidades radica en que la experiencia del sujeto puede ofrecer un paradigma emergente que puedan posibilitar pensarse fuera de lo dado. Eliminar los estereotipos por sexo y género, para construir un paradigma emergente, es necesario la toma de conciencia del sujeto sobre el continuo histórico de la dominación.

En Zemelman (1998: 53), es necesario transformar la historia en conciencia trascendental, por lo que se pregunta “¿no es, acaso la conciencia de una gran situación lo que permite desarrollar la necesidad de otras realidades?”. En este sentido, tenemos como ejemplo los grupos y organizaciones de hombres que bajo la influencia de los movimientos de mujeres y del pensamiento feminista han tomado la decisión de trabajar en su masculinidad, promoviendo la equidad y la igualdad de género. Estos grupos crean espacios de reflexión e investigación para trabajar en la deconstrucción de la masculinidad hegemónica, teniendo como objetivo edificar una sociedad más justa y libre de violencia de género. Las reflexiones e investigaciones versan sobre temas como la salud, la sexualidad, la paternidad, la homosexualidad, la etnia y la violencia. Podemos expresar que el sujeto masculino, al reflexionar sobre su propia masculinidad y su relación con los otros, toma conciencia de la necesidad de construir otras realidades. Es la urgencia por salir de la violencia y el costo social que trae la hegemonía masculina.

Lo anterior indica que la masculinización del sujeto “puede crear una inteligibilidad mutua entre experiencias posibles y disponibles sin destruir su identidad (Sousa, 2009: 101). Reducir la experiencia de los sujetos masculinos a un catálogo de cosas, cualidades y actitudes es restarle el contenido epistémico al marco vivencial del individuo. Por el contrario, es pertinente la recuperación de la experiencia, que es la base de una forma lógico-epistémica y representa la potencialidad del sujeto que lo empuja a la búsqueda de otros horizontes posibles. Esta emergencia “se basa en la transformación del horizonte de vida en la necesidad de llevar ese haz de luz por otras rutas; que no es sino la posibilidad misma de autonomía del sujeto respecto de sus determinaciones históricas” (Zemelman, 1998). Sin duda, recuperar lo vivencial del sujeto como fuente epistémica exige ampliar el acto hermenéutico, lo que requiere del apoyo de otros recursos teóricos para profundizar en la comprensión de lo simbólico y del lenguaje que interviene en la masculinización del sujeto.

Las reflexiones sobre masculinidades desde el ACD, permiten profundizar sobre la construcción discursiva de la masculinidad, ayuda a ampliar el acto hermenéutico sobre cómo las élites simbólicas, por medio del lenguaje, el texto y la conversación, promulgan, reproducen y legitiman el abuso de poder, determinando a quién empoderan y a quién no. Al mismo tiempo, el ACD permite identificar en lo vivencial del sujeto, las resistencias y las luchas que emprende para la búsqueda de su autonomía. De esta manera, existe una relación estrecha entre el discurso y el poder en la masculinización del sujeto. Echeverría (2016: 33), nos advierte que en la vida cotidiana “se abre un resquicio por el que se vislumbra la utopía, es decir, la reivindicación de todo aquello de la modernidad que no está siendo actualizado”. Es decir, es el momento de ruptura y búsqueda de horizontes promisorios que rompan con la enajenación masculina heteronormativa que anula al sujeto. Para finalizar, reorientar las metáforas discursivas que intervienen en la masculinización del sujeto requiere de una exigencia ética y política para la transformación social.

Conclusiones

A guisa de conclusión, lo que se planteó en este texto fue mostrar la pertinencia del ACD como recurso metodológico para el estudio de las masculinidades y descifrar el papel del discurso en la construcción sociocultural del género. Abordar los estudios sobre masculinidad desde la práctica discursiva permite poner en evidencia que la vida social es un campo lleno de contradicciones, de resistencias y de luchas que emprende el sujeto con la aspiración de ser libre. Porque es la búsqueda de la libertad lo que hace que el sujeto sea, pero esto se da en medio de una lucha antagónica entre discursos: por un lado, el que promueve una identidad masculina tradicional heterosexual como parte del orden social; por otra parte, está el que se argumenta a favor de la igualdad entre hombres y mujeres. Lo que significa redireccionar el discurso de la masculinidad hacia términos más éticos.

Al proponer el ACD para el estudio de las masculinidades, es para señalar la responsabilidad que tienen las élites simbólicas en la reproducción un discurso dominante que provoca asimetrías de género. Las cuales están marcadas por metáforas discursivas que promueven cómo debe comportarse y conducirse el varón para “ser un hombre”. De esta manera, el ACD permite analizar el recurso metafórico que utilizan los dueños del discurso público para mantener las asimetrías de género. Sin embargo, en estas asimetrías emerge la resistencia y la lucha para resignificar el discurso hegemónico de la masculinidad, que es la capacidad de agencia del sujeto para “<reelaborar> las relaciones a través de las cuales se constituye” (Lorey, 2017: 128). Intentarlo es en sí mismo un acto ético-político para avanzar hacia relaciones horizontales de género y de poder.

Lo anterior, invita a superar el reduccionismo moderno de las formas complejas, como el binarismo que produce el pensamiento heterosexual como orden social. Para romper con estas restricciones se hace necesario empezar a respetar las diferencias, emprender la lucha, la toma de conciencia del sujeto masculino para distanciarse de la hegemonía de género que lo aprisiona, lo despersonaliza y lo reduce a un simple instrumento de dominación. Por tal motivo, las reflexiones sobre la masculinización del sujeto deben ir más allá de la expropiación subjetiva, porque restarle su carácter epistémico impide identificar las formas en que se apropia de la realidad del mundo, al ser un sujeto histórico y activo.

Los estudios sobre masculinidades desde el ACD deben apoyarse en el carácter epistemológico del lenguaje y de la subjetividad del sujeto respecto a la construcción de la identidad masculina. En este orden de ideas, las reflexiones sobre la masculinización del sujeto exigen una vocación interdisciplinaria para señalar que las configuraciones identitarias están atravesadas por el discurso y la circulación de metáforas que imponen restricciones y le exigen al sujeto masculino una comprobación permanente de su heterosexualidad, rechazando todo aquello del comportamiento femenino. En este sentido, la triada masculinidad-discurso-poder desde el pensamiento heterosexual se manifiesta en los eventos comunicativos de la cotidianidad para sostener el supuesto universalismo del género. Esto ha sido piedra angular del marco referencial de la masculinidad, eje epistemológico para explicarla y justificarla. Sin embargo, cuando centramos nuestra atención en la experiencia y lo vivencial del sujeto masculino, existe la posibilidad de encontrar un discurso contrahegemónico que plantee un panorama alternativo sobre el ejercicio de la masculinidad en un sentido ético y político.

Por tal motivo, es pertinente poner atención a la subjetividad y discurso del sujeto en los espacios donde se mueve, en los que convive con otros y se organizan para contrarrestar los embates de la masculinidad hegemónica. Para finalizar, es necesario aprovechar el potencial multidisciplinario del ACD para los estudios de las masculinidades con el final de encontrar un nuevo horizonte de pensamiento, porque el saber popular como fuente epistémica abre la posibilidad de actos creativos que emanan del propio sujeto.

Por lo tanto, “nos colocamos ante una exigencia de conocimiento que supone concebir la realidad como espacio donde se construyen sentidos, lo que obliga a incorporar el estar-siendo del sujeto, así como sus relaciones con otros” (Zemelman, 2010: 362). En este sentido, los estudios sobre masculinidades desde el ACD implican un reto y una posibilidad para contribuir al enriquecimiento teórico sobre el género y la masculinidad. Sin embargo, no podemos caer en la idealización, sino ser precavidos, porque no se trata de construir un discurso condescendiente que forme parte de la dominación masculina de forma sutil. Se trata de pensarse fuera de lo dado, como sujeto activo arropado de personalidad, para que así pueda emerger un nuevo sujeto político que logre transformar el rumbo de la historia suicida y que, a pesar de la hostilidad en el mundo, logre encontrar el aliento para reorientar sus expectativas hacia horizontes promisorios (Zemelman, 2012; Cortés, 2014). Es decir, no debemos perder la mirada crítica en las reflexiones sobre el estudio de masculinidades para no romantizar, sino reorientar la dinámica a partir de una nueva semántica para refundar el mito de la masculinidad en un plano ético-político.

Bibliografía

- Alberti, Pilar. 2015, “Pilar Alberti: el sincretismo de dos mundos”, (entrevistadora Lucia Lagunes), *Cimacnoticias, Periodismo con perspectiva de género*, 20 de enero, en: <https://www.cimacnoticias.com.mx/node/68613>.
- Bourdieu, Pierre y Passeron, Jean-Claude. 1996, *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*, Fontamara, México.
- Bourdieu, Pierre. 2000, *La dominación masculina*, Anagrama, España.
- Butler, Judith. 2007, *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, España, Paidós.
- 2006, *Deshacer el género*, Paidós, Argentina.
- 2002, *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*, Paidós, Argentina.
- Castelo, Santiago. 2014, “Políticos Violentos. Un análisis de la agresión en el discurso político en Twitter”, en: *SAAP*, 8 (2), pp. 606-629.
- Connell, Robert. 1997, “La organización social de la masculinidad”, en: Valdés, Teresa y José Olavarría (Eds.) *Masculinidad/es. Poder y crisis*, Isis internacional/FLACSO, México, pp. 31-48.
- Cortés, Jorge. 2014, “Entender al sujeto-político”, en: *Conciencia*, 24 (enero-diciembre), pp.10-31.
- De Martino, Mónica. 2013, “Connell y el concepto de masculinidades hegemónicas: notas críticas desde la obra de Pierre Bourdieu”, en: *Revista Estudios Feministas*, N° 21 (1), pp. 283-300.
- Echeverría, Bolívar. 2016, *Modernidad y blanquitud*, Era, México.
- 1998, *Valor de uso y utopía*, Siglo XXI, México.
- Engels, Friedrich. 2017, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, en: https://www.marxists.org/espanol/m-e/1880s/origen/el_origen_de_la_familia.pdf
- Fairclough, Norman. 2008, “El análisis crítico del discurso y la mercantilización del discurso público: las universidades”, en: *Discurso y Sociedad*, 2 (1).
- Figueroa, Juan. 2017, “El riesgo de expropiar la subjetividad como dilema ético al investigar la diversidad sexual”, en: *El Cotidiano*, 202 (marzo-abril), pp. 7-16, UAM, México.
- Foucault, Michel. 2003, *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, Siglo XXI, Argentina.
- 1992, *El orden del discurso*, Letra E, Argentina.
- 1998, *La historia de la sexualidad I. La voluntad del saber*, Siglo XXI, México.
- Lerner, Gerda. 1990, *La creación del patriarcado*, Crítica, España.
- Lorey, Isabell. 2017, *Disputas sobre el sujeto. Consecuencias teóricas y políticas de un modelo de poder jurídico*, Judith Butler, La Cebra, Argentina.
- Mateo, Patricia. 2011, “Transdeseantes: de la heterosexualidad obligatoria al deseo lesbiano”, en: *Acciones e Investigaciones Sociales*, 29 (julio), pp. 33-67.
- Núñez, Guillermo. 2004, “Los “hombres” y el conocimiento. Reflexiones epistemológicas para el estudio de los “hombres” como sujetos genéricos”, en: *Desacatos*, 15-16 (otoño-invierno), pp. 13-32.
- Ruiz, Javier. 2015, *Masculinidades posibles, otras formas de ser hombres*, Ediciones desde Abajo, Colombia.
- Schongut, Nicolas. 2012, “La construcción social de la masculinidad: poder, hegemonía y violencia”, en: *Psicología, Conocimiento y Sociedad*, 2 (2) (noviembre), pp. 27-65.
- Seffner, Fernando 2006, “Masculinidad, bisexualidad masculina y ejercicio de poder: tentativa de comprensión, modalidades de intervención”, en: Careaga, Gloria y Salvador Cruz (Coords.) *Debates sobre masculinidad, poder, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, pp. 89-113.
- Segato, Rita. 2016, “Género y colonialidad: en busca de claves de lectura y de un vocabulario estratégico descolonial”, en: Bidaseca, Karina y Vanesa, Vázquez (Comps) *Feminismo y poscolonialidad. Descolonizando el feminismo desde y en América Latina*, Ediciones Godot, Argentina, pp. 17-48.
- Sousa, Boaventura. 2009, *Una epistemología del Sur: La reinención del conocimiento y la emancipación social*, Siglo XXI/CLACSO, México.
- Stecher, Antonio 2010, “El análisis crítico del discurso como herramienta de investigación psicosocial del mundo del trabajo. Discusiones desde América Latina”, en: *Universitas Psychologica*, 9 (1) (enero-abril), pp. 93-107.
- van Dijk, Teun A. 2009, *Discurso y poder*, Gedisa, España.
- 2003, “La multidisciplinariedad del Análisis Crítico del Discurso: un alegato a favor de la diversidad”, en: Wodak, Ruth y Michael, Meyer (Comps.) *Métodos de análisis críticos del discurso*, Gedisa, Barcelona, pp. 143-177.
- 2000, “El discurso como interacción en la sociedad”, en: van Dijk, Teun (Comp.) *El discurso como interacción social. Estudios del discurso: introducción multidisciplinaria*, Volumen 2, Gedisha, España, pp. 19-68.

- 1999, “El análisis crítico del discurso”, en: *Antrophos*, 186, septiembre-octubre, Antrophos Editorial, España, pp. 23-36.
- 1997, “Discurso, cognición y sociedad”, en: *Signos. Teoría y práctica de la educación*, 22, pp. 66-74.
- 1994, Discurso, poder y cognición social, en <http://www.discursos.org/oldarticles/Discurso,%20poder%20y%20cognici%F3n%20social.pdf>.
- 1993, “El racismo de la élite”, en: *Archipiélago*, 14, pp. 106-111.
- Velasco, Marisol. 2003, “Metáfora y género: estudio prototípico de las metáforas de género en la publicidad de la revista British Cosmopolitan”, en: *Odisea*, (4), pp. 171- 208.
- Wittig, Monique. 2006, *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*, Egales, España.
- Žižek, Slavoj. 2003, *El sublime objeto de la ideología*, Siglo XXI, Argentina.
- Zemelman, Hugo. 2012, *Pensar y poder: (razonar y gramática del pensar histórico)*, Siglo XXI, México.
- 2010, “Sujeto y subjetividad: la problemática de las alternativas como construcción posible”, en: *Polis. Revista de la Universidad Bolivariana*, (9) 27, pp. 355-366.
- 1998, *Sujeto: existencia y potencia*, Antrophos, México.